

las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluirémos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion que voi á hacer desde luego; pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

„Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo *en el nombre* (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos* abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; por que siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas. *El de la Encarnacion*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna. *El de la Pasion* en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado. *El de la Redencion* en la misma Cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. Y *el de la Resurreccion* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho: concediéndo-

nos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos.”¹

La última instruccion que me propongo daros, mira hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os diré que son cinco los mas principales: alistarnos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, católicos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz: por que él es práctico, fecundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo

(1) Catecismo de Astete y Ripalda.

Templo se despedazan, álzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor, y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adoraciones de los hombres, no ya como un delincuente que espira en un patíbulo, sino como el Rei eterno que domina desde el sacro madero: *regnavit a ligno Deus*.

Podéis considerar esta señal sacratísima: 1.º relativamente á Jesucristo que la divinizó; 2.º relativamente á vosotros á quienes os purifica y al mismo tiempo sostiene; 3.º relativamente al mundo que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos míos, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazón por morada la ciudad santa del amor divino, aun durante su mansion en la tierra.

Considerada bajo el primero de estos aspectos la Santa Cruz, nos engolfa todos en un piélago de amor; *porque es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella*. En efecto, hermanos míos, la Santa Cruz, es el soberano resúmen de la pasion del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazón reconocido las calles de Jerusalem por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la víctima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se revelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir: escuchamos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentimos el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un hombre arrepentido: nuestro espíritu se rinde á la admiracion al escuchar la consumacion de la grande obra, y nuestros ojos se razan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquel que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nues-

tra vida con su resurreccion gloriosa: *qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit*. He aquí, hermanos míos, el primer orden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulacion, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imagen siempre viva de un reino que no acabará jamás, para el cual hemos sido criados, y en el cual viviremos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que le ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

Considerada la Cruz relativamente á nosotros, que somos cristianos, se nos presenta naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros dias: nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecia imprimirnos ese carácter de la educacion religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico; nos tenia pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacia presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas; y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida, sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos, y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasion. ¡Qué mas os diré? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentáis á la vista de un Crucifijo, en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religion, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entónces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma que excede á todos los libros,

un idioma que encadena las pasiones y vence el corazón para el cielo. Nace de aquí un segundo orden de sentimientos: la resignación, la confianza y sobre todo, el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos; y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la convicción sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.*¹

Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la historia, para recibir todos los tributos de admiración, de reconocimiento y de sumisión. A ella nos convertimos cuando á la vista de esta inmensa transformación que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Queréis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntadlo á la Cruz. ¿Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rei, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvación. ¿Porqué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegación cristiana? Por la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Porqué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veáis enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veáis curadas las heridas del cuerpo y las todavía más terribles heridas del alma, encontraréis la Cruz; donde veáis crecer, desarrollarse y llegar á su perfección las insignes virtudes, encontraréis la Cruz; donde admiréis el heroísmo

(1) Matt. cap. XI, v. 30.

cristiano, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende también el manantial inagotable de las más altas virtudes, de los afectos más puros, de los sentimientos más elevados para el corazón. ¿Cuál debe ser pues vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¿cuán grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone? He aquí lo que tenía reservado para cerrar esta santa instrucción acerca de la insignia y señal del cristiano.

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razón del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razón, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decía frecuentemente: *yo no quiero saber más que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.*¹ ¡Sublime lección, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo

(1) Epíst. I. ad Cor. cap. II, v. 2.